

**Investigaciones en Maruca:**  
**una nueva visión de los grupos preagroalfareros**  
**en Puerto Rico.**

(Ponencia presentada en el  
Primer Simposio sobre Arqueología de Ponce;  
Ponce, Puerto Rico)

por

Miguel Rodríguez López, Arqueólogo  
Universidad del Turabo, SUAGM

**17 de febrero de 1999**

Con “Maruca” se inician los informes arqueológicos de este importante simposio. Y tiene que ser así porque hasta el momento, es en este pequeño asentamiento localizado justo al oeste de la zona urbana de Ponce donde se han detectado los restos arqueológicos más antiguos de la costa sur y posiblemente de todo Puerto Rico.

La gran antigüedad del sitio ha sido confirmada por una secuencia cronológica basada en ocho fechamientos radiocarbónicos, así como por un detallado análisis tecnotipológico de los conjuntos de artefactos líticos realizado por el Dr. Jorge Febles, reconocido especialista cubano en el estudio de las industrias de la piedra tallada de la región del Caribe, quien nos honró con su visita a Ponce en el verano de 1996.

Como punto de información para los que por primera vez escuchan el nombre de “Maruca”, debo mencionar que fue el arqueólogo ponceño Jesús Figueroa el descubridor del sitio hace ya cerca de una década. Además, realizó las primeras excavaciones y lo bautizó con el nombre que lleva desde ese momento. Incluso tres de los fechamientos fueron obtenidos por Figueroa en sus estudios preliminares del sitio a principios de la década del 1990.

Pero como pasa usualmente en este tipo de investigaciones que tienen como marco la llamada “arqueología de contrato” no siempre el que realiza el descubrimiento o inicia los estudios es el que los continúa en sus diversas fases. Debemos recordar que todos estos estudios en “Maruca” fueron costeados por los desarrolladores privados del proyecto “Ponce Plaza 2,000” en cumplimiento con leyes y reglamentos estatales y federales en torno a la protección y rescate del patrimonio arqueológico del pueblo puertorriqueño.

En este caso en particular, luego de Figueroa intervino el arqueólogo A. Gus Pantel, quien sometió en 1994 un informe a las agencias reguladoras donde incorporó datos y comentarios de los arqueólogos Jesús Figueroa, Juan J. Ortíz Aguilú, que a su vez dirigió una escuela de campo en dicho sitio, Edwin Crespo, Eduardo Questell y Diane Hansen, además de sus propias interpretaciones.

Una vez completada esta fase de investigaciones de manera sorpresiva las labores arqueológicas en Maruca quedaron en suspenso, en parte por motivo de controversias entre agencias estatales y federales, entre desarrolladores y hasta entre investigadores. Por dos largos años el yacimiento quedó abandonado a su propia suerte y sin ningún tipo de protección y vigilancia. Según mis cálculos, casi una tercera parte del sitio

perdió su valor científico. Dos eventos de inundaciones extraordinarias del cercano Río Matilde, agravaron el problema de vandalismo, particularmente afectando los enterramientos humanos que hasta el momento se habían identificado.

Finalmente, el Instituto de Cultura Puertorriqueña decidió reiniciar en 1995 las excavaciones de rescate proyectadas para “Maruca” y su entonces nuevo director Luis Edgardo Díaz Hernández, solicitó mis servicios para dirigir tan arriesgada encomienda. Nuestro trabajo no estuvo exento de controversias, todo lo contrario, pero se logró el rescate de una considerable cantidad de datos y artefactos, incluyendo once (11) enterramientos humanos que fueron estudiados por el compañero y antropólogo forense Edwin Crespo.

Mi participación en el proyecto se inició en el 1995 y que mi grupo de trabajo es responsable de los datos y artefactos recuperados durante la fase de excavaciones finales que se completó en el 1996, así como de los estudios de laboratorio que se iniciaron en el 1996 y finalizaron parcialmente en el 1998, aunque todavía hay algunas investigaciones de especialistas en proceso.

Un yacimiento como “Maruca” no solo es importante por su antigüedad o por sus conjuntos líticos. Tampoco el tamaño determina su importancia. “Maruca”, por ejemplo, posee un tamaño sumamente reducido, solo 260 metros cuadrados de superficie. Representa una diminuta fracción de la extensión de otros yacimientos que serán objeto de informes en este simposio. Sin embargo la cantidad y calidad de la información arqueológica recuperada ha sorprendido a muchos.

Veamos algunos de los puntos más sobresalientes y que de alguna manera confirman,

amplían o contradicen el conocimiento que hasta el momento se tenía sobre el paso y la estadía en Puerto Rico de estas antiguas sociedades humanas que en términos generales llamamos “Arcaicas”, “Paleoindias”, “Preagroalfareras”, “Precerámicas”, “Preagrícolas”, “Recolectoras y Cazadoras”, y otros nombres, dependiendo del esquema o modelo que utilizemos para clasificarlas o describirlas.

El conjunto de ocho fechamientos obtenidos en “Maruca” durante las diversas excavaciones realizadas representa hasta el momento la mayor antigüedad documentada para la presencia humana en el sur de la isla, y quizás de Puerto Rico.

Un conjunto de dos muestras de carbón vegetal obtenidas en la parte más profunda del yacimiento, que posiblemente represente en inicio de la ocupación del mismo, nos ofrece una antigüedad absoluta calibrada a 2 sigma y con un 96% de probabilidad, entre los años 2,890 a 2,580 antes de Cristo, equivalente a una antigüedad entre 4,840 a 4,530 años antes del presente.

Las seis muestras restantes, aunque también muy tempranas, no alcanzan esta antigüedad, agrupándose entre los años 1,515 al 395 antes de Cristo, es decir, entre 3,465 y 2,345 antes del presente. La distribución de estos fechados sugiere una utilización muy prolongada (en teoría hasta un máximo de 25 siglos), aunque no continúa de este sitio arqueológico.

Un fechado asociado a uno de los enterramientos humanos arrojó una antigüedad entre los años 905 al 775 antes de Cristo, lo que sugiere que la utilización del sitio como lugar de enterramiento pudo haber sido una práctica tardía. El estudio de la estratigrafía de los enterramientos sugiere también esta interpretación.

Pero la información radiométrica no necesariamente significa que se trata del yacimiento más antiguo de Puerto Rico. En el yacimiento “preagroalfarero” de Angostura, cerca del Río Grande de Manatí en la costa norte de la isla, el arqueólogo Carlos Ayes obtuvo en 1988 un fechado mucho más antiguo, cercano a los 4,000 años antes de Cristo, es decir casi 6,000 años antes del presente, mil años más que el más antiguo de los fechados de Maruca. Por tratarse de una sola muestra la misma debe ser tomada con cautela, incluso desde un punto de vista puramente estadístico.

Otra evidencia de la gran antigüedad de “Maruca” son sus conjuntos de artefactos líticos. Febles estudió un total de 4,935 piezas líticas provenientes de nuestras excavaciones. Las muestras más profundas y antiguas pertenecen a preformas y herramientas de sílex y de tobas volcánicas con propiedades parecidas al sílex de tamaños grandes y masivos. A juicio de Febles esta es una característica típica de tradiciones líticas bien tempranas en el Caribe, cuya antigüedad también circula por los 5 a 6 mil años antes del presente.

Pero veamos una de las preguntas fundamentales que nos hacemos. ¿Qué tipo de sitio fue “Maruca”? ¿Fue un lugar habitacional permanente de una comunidad estable, fue un campamento estacional de una banda de cazadores y recolectores, fue un sitio de actividades especializadas de producción de herramientas, fue un lugar de procesamiento y confección de alimentos, o fue quizás un área sagrada para enterramientos humanos?

El yacimiento es muy pequeño pero su área de residuario doméstico llegó a tener más de un metro de grosor y sumamente denso en cuanto a cantidad de artefactos líticos, restos alimentarios y tierra cenizosa. Fluctuaciones leves en la cantidad y tipo de

artefactos líticos y de restos alimentarios que se reflejan en la estratigrafía de las excavaciones, sugieren algunos periodos de mayor y menor intensidad en la utilización del sitio.

El uso del lugar como sitio de enterramiento para un sector de la población, aunque pudo haber sido una ocurrencia tardía, es también indicativo de una vinculación de la comunidad con ese lugar en particular. Además, están presentes en el denso residuario múltiples evidencias de la producción y la secuencia de reducción de los artefactos líticos que caracterizan estas sociedades.

Pero lo que más nos llamó la atención fue el hallazgo, bien documentado, de un conjunto de huellas de socos o postes en el subsuelo, lo que parece indicar que los habitantes de “Maruca” levantaron estructuras permanentes y firmes que pudieron haber sido empleadas como viviendas, parapetos para protección del viento, cobertizos para las inclemencias del tiempo, talleres, o quien sabe, todas las anteriores. Lamentablemente la cantidad y disposición de las marcas de los socos no fue suficiente como para atrevernos a señalar formas o tamaños de dichas estructuras.

Estos hallazgos no nos deben sorprender. La vieja noción de interpretar las comunidades preagroalfareras de Puerto Rico y el Caribe como bandas nomádicas con un modo de vida similar al de los cazadores paleoindios continentales o europeos se ha ido derrumbando gradualmente. La disponibilidad de variados recursos casi al alcance de la mano que ofrecen nuestras islas, así como la escasa variabilidad estacional de los mismos amerita la formulación de nuevos esquemas teóricos. Así lo han propuesto recientemente Pantel, Veloz Maggiolo y otros investigadores.

“Maruca” parece ser un buen ejemplo de este nuevo modelo de la sociedad preagroalfarera Antillana y Caribeña. Se trata de un sitio con evidencias de usos múltiples a través de un extensa historia de ocupación de tipo habitacional y doméstico, algunos de los cuales ya han sido descritos. A pesar de los datos obtenidos, al momento no es posible ofrecer contestaciones definitivas a esta interrogante.

En el pasado, la preocupación principal de la arqueología del Caribe era el dilucidar el origen y el movimiento migratorio de cada una de las antiguas poblaciones precolombinas de la región. Todavía sigue siendo un cuestionamiento importante pero no es la pregunta fundamental que era antes. En el caso de los habitantes de “Maruca”, Febles ha utilizado el análisis comparativo de las industrias líticas y de la concha para proponer una alternativa razonable.

De acuerdo con Febles la tecnología lítica masiva y de tamaño grande que caracteriza el inicio del poblamiento de “Maruca” está claramente relacionada con las industrias del Protoarcaico de Cuba y con las del Paleoarcaico de La Española. En el modelo de Rouse estos materiales caracterizan los pueblos “Casimiroides”, particularmente de la cultura “Courí”, ya que presentan también artefactos de piedra pulida, manos simples y adornos de concha.

En “Maruca” también sus habitantes produjeron una industria microlítica en sílex que comparte una tecnología similar a las detectadas en el yacimiento “Playita” de Cuba, “Máximo Point de la costa oeste de la Florida, y otros lugares antiguos de la cuenca del Mississippi. El análisis de Febles parece inclinarse hacia las grandes antillas de Cuba y la Española, incluso hacia el sureste de los Estados Unidos, como un posible

origen de la tradición lítica que desarrollaron los antiguos habitantes de “Maruca”.

Sin embargo, hay datos que también apuntan hacia otras rutas. Por ejemplo, en las muestras líticas el arqueólogo Jeff Walker, quien examinó junto a Febles parte de la colección excavada en “Maruca”, detectó sílex proveniente de la isla de Antigua en las Antillas Menores. También una lámina de calcedonia negra que parece obsidiana, fue excavada en “Maruca”. Este material no ha podido ser ubicado entre las formaciones geológicas conocidas en Puerto Rico.

Otro punto destacado, en este caso negativo, que va en contra de la relación con Cuba y el oeste del Caribe es la ausencia total en la industria de la concha de “Maruca” de las características “gubias”, un artefacto bien distintivo de las sociedades preagroalfareras de Cuba.

La subsistencia es posiblemente la actividad humana más antigua y más común, mucho más practicada y estudiada que la misma procreación. Con el paso de los años y los adelantos de la tecnología cada día que pasa las evidencias arqueológicas nos dicen más de este importante aspecto de las sociedades humanas pretéritas.

El estudio de la fauna vertebrada y malacológica de Maruca fue realizado por la especialista Ivonne Narganes y el de los restos botánicos por la Dra. Lee Newsome. Los resultados de ambos estudios son objeto también de informes especiales. Sin embargo queremos adelantar algunos datos. El análisis de las fuentes alimentarias refleja una explotación muy intensa de las zonas de manglares y litorales costeros que rodeaban el yacimiento en épocas antiguas. Moluscos como el ostión de mangle, la pata de cabra, las neritinas, los pequeños *Strombus pugilis*, y los crustáceos como el



cangrejo o juey de tierra y la buruquena de agua dulce, conforman casi el 98% de las fuentes de alimentación.

De la fauna vertebrada solo están presentes algunas escasas evidencias de aves acuáticas y de peces, y una única rama mandibular de hutía de la especie “*Heteropsomis insulans*”, la que hasta el momento se asocia casi con exclusividad con las tempranas comunidades agroalfareras de La Hueca en Vieques, y Punta Candelero en Humacao.

Narganes concluye que a base de la evidencia el método preferido abrumadoramente en la búsqueda de alimentos por los habitantes de “Maruca” fue la recolección de moluscos y la captura de cangrejos terrestres y de agua dulce. Ambas tareas se pueden realizar manualmente o con tecnologías sumamente sencillas. Sin embargo, tenemos por otro lado el análisis de los artefactos realizado por Febles. En su estudio se indica la presencia en “Maruca” de láminas y puntas con espiga o penduculadas, y micropuntas de proyectiles, que se asume pudieron ser utilizadas como arpones, lanzas y otras armas arrojadizas para la pesca y para la caza de pequeños animales.

Pero el posible uso de este instrumental de sílex ofrecido por Febles no parece armonizarse con las conclusiones de Narganes. No se necesitan armas arrojadizas ni técnicas complejas para capturar jueyes o recolectar ostiones en el mangle. Aquí todavía tenemos una diversidad de explicaciones.

Son muy alentadores los hallazgos que sobre las muestras paleobotánicas recogidas en Maruca realizó la Dra. Lee Newsom, especialista de la Universidad del Sur de Illinois en Carbondale. El poder identificar restos de maderas, raíces y semillas de

tanta antigüedad abre un abanico de posibilidades de nuevos estudios especializados para la arqueología de estas comunidades.

La recolección de plantas, incluyendo raíces, frutas y semillas, y su utilización como alimentos, medicamentos o como materia prima en la confección de artefactos utilitarios y domésticos, como canastas y trampas de pesca, parece haber sido una labor importante entre los habitantes de “Maruca”. Algunos de los artefactos de piedra tallada y otros de piedra pulida pudieron haber sido empleados en su procesamiento.

Los percutores simples, algunos con hoyuelos, posiblemente fueron utilizados para partir semillas duras como el corozo, semilla de la palma del mismo nombre que fue identificada entre los restos botánicos en Maruca. Semillas de la uva playera, fruta comestible, y posibles semillas comestibles de la fruta del árbol de tabloncillo, también fueron identificados por la Dra. Newsome y su grupo de trabajo. Las manos simples y piedras molederas que muestran desgastes laterales, pudieron haber sido utilizados para machacar o macerar raíces y compuestos vegetales.

Como se puede apreciar, en la arqueología científica la búsqueda de soluciones constantemente crea nuevas interrogantes, y eso es muy bueno. Nuestro intento de reconstruir el pasado es un proceso dinámico que no termina nunca. Me da la impresión que la cantidad y la variedad de la información que puede producir “Maruca” no parece finalizar. Lo informado hasta el momento es alentador. Ya “Maruca” tiene un lugar especial en la prehistoria y la historia cultural de Puerto Rico y en especial de la región de Ponce.

Finalmente quiero agradecer al Instituto de Cultura Puertorriqueña y su pasado director ejecutivo, Dr. Luis Díaz Hernández, y a todo el personal de dicha agencia por tomar en su momento las decisiones correctas y por apoyar el desarrollo de la investigación arqueológica en todas sus fases; al compañero Juan González por su activa colaboración en la organización y la administración de la fase de campo y de laboratorio del proyecto, a Juan Carlos Rosario por su excelente aporte en la limpieza, excavación y estudio preliminar de las osamentas humanas, a Jeff Walker y Eduardo Questell por sus sugerencias en torno a los materiales líticos, a las fuentes de materias primas y a la geomorfología de la región de “Maruca”, a los colegas Carlos Pérez y Pedro Alvarado del Instituto de Cultura Puertorriqueña, quienes estuvieron a cargo de la supervisión del proyecto de tal forma que cumpliera con los planes de trabajo; el arqueólogo Carlos Pérez fue designado por el Instituto de Cultura para dar seguimiento directamente a los procedimientos de campo y de laboratorio; a los especialistas Lee Newsom, Ivonne Narganes, Edwin Crespo y muy especialmente a Jorge Febles por sus importantes estudios, a todos los técnicos y trabajadores que participaron en las fases de campo y de laboratorio, ambas desarrolladas en Ponce.

Pero quiero reconocer muy especialmente la colaboración del amigo y compañero Ángel “Chiqui” Colón, mi mano derecha y persona de confianza en éste y otros tantos proyectos arqueológicos, quien lamentablemente murió en un accidente automovilístico en diciembre de 1995. “Chiqui” era un conocedor y un defensor incondicional de la arqueología del sur de Puerto Rico y quiero dedicarle a él esta presentación. Gracias Chiqui por tu apoyo solidario siempre.

